



En Villanueva de la Cañada uno de los partidos políticos que intervenían en la contienda electoral alquiló un camión y trajo de Madrid a todas las electoras del pueblo que estaban sirviendo.

les han ofrecido a todas las chicas que servían en Madrid el viaje al pueblo. A las doce y cuarto asoma el camión por la primera revuelta de la carretera. Se detiene en la plaza del pueblo, a pocos metros del colegio electoral, y una avalancha de novios, parientes, amigas lo oculta instantáneamente.

—¡A votar! ¡A votar!—les gritan. Pero los mozos no las dejan tan pronto. Las contemplan, las festejan. ¡Cómo han cambiado en esos Madriles! Fueron allí vestidas de pueblerinas y ahora vuelven con el traje ceñido y un velito a lo Marlene Dietrich sobre los ojos. ¡Y los labios pintados!

—¡Triburcio!

—¡Pero si no te reconocía, Fulgencia!... ¡Si pareces una señorita!

Alguien se impone:

—¡Bueno, chicas!... Primero votad, que tiempo tendréis de hablar con los mozos... Mientras esperan el momento de votar, hablamos con varias muchachas.

—¿Usted, qué es?

—¿Yo?... Pues criada.

—No, mujer. Le pregunto si es usted de Acción Republicana..., o socialista..., o radical...

—¡Ah..., yo soy de éstos!—me dice, enseñándome la papeleta de votación.

—¿Y sus compañeras?

—De éstos también. ¡Si tos los papeles que nos han dao son iguales!...

Las mujeres han votado...



«Vota...»

¡¡A VOTAR..., A VOTAR!!

Por cada tres hombres hay seis mujeres en la cola. A estas horas, son las ocho en punto de la mañana y se acaba de abrir el colegio, las electoras son, en su mayoría, mujeres pobremente vestidas. No falta tampoco alguna señora que viene de la misa primera con su velo y su devocionario, y que se coloca en la cola a esperar tranquilamente que le llegue el turno.

El electorero colocado en la puerta del colegio con sus papeletas blancas está perdiendo el tiempo, al menos en lo que se refiere a las mujeres. Todas traen desde casa su candidatura muy dobladita. Unas la traen escondida entre el pañuelo que llevan al cuello; otras, en el bolsillo del mandil, y otras, metida en el devocionario.

Por fin, le llega una de ellas el turno y entra en el colegio. Resueltamente se acerca a la mesa.

—Salustiana Fernández...—dice alargando al presidente su candidatura con diez dobleces...

Y el presidente contesta, lacónico:

—Vota...

Es la primera mujer del pueblo que ha depositado su voto en las urnas. ¡Y qué contenta sale!... Cuando le pedimos que se deje hacer una fotografía nos contesta...

EL VOTO DE LAS CHICAS DE SERVIR

EN Villanueva de la Cañada, las mujeres han votado en tres tandas. La primera fué la de las madres de familia, que luego estarían muy atareadas con la comida, y la de las "más de cincuenta años", que siempre tienen gustos madrugadores; la segunda, fué la de las mozas, para las que todo es una fiesta, y que se han arreglado, atusado y compuesto como para ir a la función... Y la tercera, la que va a empezar dentro de unos minutos, es la de las chicas que sirven en Madrid.

—¡Están más contentas!...—nos dice un mozo muy endomingado, con su pañuelo de seda en el bolsillo de la americana, la cara recién afeitada y una corbata impresionante—. Viaje al pueblo, fiesta, y to gratis. ¡Menuda ganga!

—¿Gratis?

—¡Pues claro!... Han alquilado un camión y



Ellas se disponen a votar por primera vez.

—Pero si yo no me he retratado nunca...
 —Y eso qué importa, mujer, tampoco habías votado nunca hasta hoy... Además, si te mueres ya tienen tus hijos un recuerdo...
 Y ante este razonamiento contundente y estimulante de su comadre, la mujer accede diciendo:
 —Tienes razón... Un día es un día...

¿COQUETERÍA?...

—¿Y ustedes no votan, señoritas?...—preguntamos a unas chicas muy monas y muy peripuestas que toman el sol.

—Nosotras, no. No tenemos la edad todavía...
 —Pues enhorabuena, y que sea así por muchos años...

—¿S'abrà visto?—murmura una muchacha desarrapada—. No les hagan *ustés* caso. Esas tienen edad de votar y hasta de tener nietos... Lo que pasa es que no votan *pa* presumir de niñas. Y si quieren convencerse, lean ustedes las listas. Apuesto esta mano a que están...

LAS MUJERES... DISCUTEN...

La plaza de Alcorcón está animadísima. Entre los corros de hombres se ven muchas mujeres que por primera vez discuten con ellos.

—Te digo que bien *perdí*os estáis—dice una vieja a un mozo.

—Las que están *perdí*as son ustedes...

—A las once no llevabais más que treinta votos y nosotros pasábamos de noventa. Conque... aplícate el cuento...

A pesar de que las discusiones son acaloradas y



Muy seriecitas, las muchachas escogen la candidatura preferida y se dirigen a la urna.

vivas, en el pueblo hay absoluta tranquilidad. —Aquí no pasa nada. El único peligro es que las mujeres se tiren del moño unas a otras. Porque ustedes no saben el calor con que han tomado esto.

Es verdad, no pasa nada. No hay más que ver con qué tranquilidad están los guardias civiles sentados al sol...

NO SE HAN ABSTENIDO

Valdemorillo. Mediodía. Las mujeres acuden también al colegio con gran entusiasmo.

—Aquí—dice una, que lleva en la mano, además de la candidatura, dos lechugas y un niño pequeño—nunca había habido elecciones *pa* concejales. Esta es la primera vez. Salían siempre por esa cosa que le llaman el artículo veintinueve...

—¿Está usted contenta de votar?...

—Pues claro... Está bien que las mujeres digamos si los concejales nos gustan o no... A ver si es que nosotras no somos tan de

¿Que son buenos los de su partido, señora Tomasa?... ¡Vergüenza me daría llevar esa candidatura en la mano!...

Dios como son ellos...

—¿Han venido muchas mujeres?...

—Muchas. Desde mi casa he *estao* viendo la cola toda la mañana. Yo no he podido venir antes porque tenía a mi hombre *costipao*...

IDILIO

“Ella” está pensativa a la orilla de la fuente esperando a que el cántaro se llene de agua. De pronto, se estremece. Sin mirar, ha visto que llega “él”. El viene muy “majo”. Ha substituído la blusa del trabajo por una chaqueta de pana, y en la cabeza, en lugar del “pavero” de paja, trae una gorra. —¿Qué haces?— pregunta él.

—Ya lo ves...—contesta ella sin levantar los ojos.

—¿Has votao?

—Pues no faltaba más. De las primeritas...

—Bueno, ¿y qué?

—¿Qué quieres decir?

—Ya puedes comprenderlo... Que supongo que habrás votao lo que me prometiste...

—Pues te equivocas... Fuí y eché la papeleta que me dió mi padre.

“El” se ha puesto muy serio. Primero la mira amenazador. Luego, al ver que “ella” sostiene impertérrita la mirada, baja los ojos y dice tristemente.

—Parece mentira, mujer...; parece mentira que hayas hecho eso...

“Ella”, al verle tan apenado, no puede contenerse.

La papeleta de votación puede servir incidentalmente para que la electora entre tenga al nene que se impacienta.



—No seas bobo... Si todo era para hacerte rabiar, porque estaba enfadada contigo. Es mentira lo que te he dicho.
—Ya me chocaba a mí...

LUCHA POLÍTICA

Son cuatro mujeres vestidas de negro. Tres, viejas ya. La otra, empezando a envejecer.

Discuten.

—Pues yo te digo y te redigo que a nosotras lo que nos hace falta es que se ponga *to* barato y para de contar.

—Pues yo te digo que si ganan los nuestros no habrá ni el hambre ni *na* de las cosas malas que padecemos.



Es la electora más viejecita de Villanueva de la Cañada, y creía morir sin haber visto «estos».



Iguals en el trabajo, en la política, en todo. «¡Ya era hora!»—dice esta ciudadana que dobla cuidadosamente la papeleta de votación.



Las electoras de Alcorcón se disponen a votar.

—O nos moriremos *tos* de miseria.

—¡Ay, qué risa! Eso lo dices tú porque tienes una moza *casá* con ese que quiere mandar en el pueblo...

—¡Y que vale más que todos los tuyos!

Unos gritos, un vocerío. La gente se arremolina.

—¡Anda, las abuelas, cómo están con eso de la política! La Guardia Civil se acerca.

—Son unas mujeres—les dicen.

—¡Mujeres?... Entonces vámonos, que con ellas no podemos.

JOSEFINA CARABIAS Y

LUIS G. DE LINARES

(Fotos Erik, López y Contreras y Vilaséca.)



La mujer ha acudido a las urnas electorales con gran entusiasmo. Todas: las mozas y las viejas, las campesinas y las señoritas. Arriba, unas jóvenes electoras de Villanueva, y en el grabado inferior, una electora de Valdemorillo entregando la papeleta.